

con una profesion de fé. Cuatro meses despues envió á aquellas regiones distantes cuatro frailes menores, con el carácter de nuncios apostólicos por diez años (1538).

Al mismo tiempo habia en Italia algunos armenios impostores [que se llamaban obispos, y maltrataban á los católicos de su nacion, esto es, á los que miraban con horror los sueños impíos de algunos eutiquianos, y otros muchos absurdos que corrian con crédito en Armenia. Dentro de la misma ciudad de Roma, Atanasio, que se daba el título de obispo de Veric, hacia los mayores esfuerzos para propagar estos errores; y á fin de hacer que cayesen en ellos los armenios ortodoxos, les manifestaba una aversion insultante, los trataba de renegados, encarceló á muchos, y los atormentaba con todo su poder. Pedro, que pretendia ser tenido por obispo de Nazaret y patriarca de Jerusalem, observaba la misma conducta en Pádua, y su vicario Ezequiel le imitaba en Florencia. Pero no pudieron evadirse de la justa severidad del Papa Benedicto, el cual dió orden al obispo de Anagni, su vicario en Roma, y á los obispos de Florencia y de Pádua, para que reprimiesen á aquellos impostores y asegurasen sus personas.

Un monge de Oriente, mucho mas bien intencionado, y que sin embargo no pudo obtener feliz éxito de su comision, pasó á la córte de Roma de parte del emperador Andrónico para tratar de la reunion de los griegos con la Iglesia romana (1). Llamábase Barlaam, era abad del monasterio del Salvador, y tenia por director á Esteban Dandolo, noble veneciano. Pero su principal crédito consistia en las cartas de recomendacion que llevaba de los reyes de Francia y de Nápoles. El Papa y los cardenales, que manifestaban mucho celo por

(1) Allat. Const. p. 788.

la union, quisieron que los griegos presentasen un escrito (1539) que contuviese sus proposiciones, lo que hicieron en esta forma: «Se pueden discurrir dos medios de efectuar la reunion deseada, á saber: la fuerza y la persuasion. Dejemos á un lado el primero que no os desagrada menos que á nosotros, y consideremos el segundo atentamente en los dos aspectos que ofrece, como que es relativo á los sábios y á la gente del pueblo. Si pasasen treinta ó cuarenta doctores nuestros á tratar con vuestra Santidad, no dudo que convendrian con vos, porque no os mueve ninguna pasion, y solo buscáis el triunfo de la verdad. Pero cuando vuelvan á Oriente, no podrán hacer que el pueblo tenga confianza en vuestras palabras. Las preocupaciones, la vanidad, la envidia, y en algunos la falsa apariencia del bien, malograrán el celo de los mediadores, y quizá los espondrán á grandes peligros.

«Voy á proponer el único medio que me parece eficaz para atraer al pueblo y á los sábios. Ningun fiel ignora que se han celebrado seis concilios generales, y que cada una de estas divinas asambleas ha servido de dique contra los errores que se esparcian en la Iglesia; de modo que el pueblo está persuadido á que se debe creer lo que decide un concilio ecuménico. Por tanto, si se celebrase uno sobre los puntos en que no convenís con los griegos, todos los orientales se sujetarian gustosos á lo que se decidiese. Si alguno dijese que á este fin se ha celebrado ya el concilio de Lyon, sepa que el comun de los griegos no le admitirá jamás, porque los que á él asistieron de esta nacion, no fueron enviados por los cuatro patriarcas, ni tuvieron la aprobacion del pueblo, sino que únicamente fueron autorizados por el emperador, el cual no usó de miramiento alguno. Si os agrada pues esta idea de celebrar un con-

celio, dad principio á la obra enviando á la iglesia de Oriente legados temerosos de Dios, llenos de caridad y de modestia, con cartas para invitar á los patriarcas de Constantinopla, Alejandria, Antioquia y Jerusalem y á los demas obispos, á reunirse con vos, á tratar las cuestiones con una concordia verdaderamente fraternal, y decidir segun las inspiraciones del Espíritu Santo.»

El interés temporal de los griegos tenia siempre una gran parte en todo lo que intentaban con respecto á los latinos, por mas piadosos que fuesen sus mediadores. Teniendo presente esta consideracion el virtuoso Barlaam, continuó en estos términos, los cuales dan á entender que este solitario era hombre de talento y de habilidad. «Mucho tiempo há (dijo) que los turcos quitaron á los griegos cuatro ciudades considerables del Asia menor, é introdujeron en ellas su religion malvada. Queriendo sus habitantes volver al cristianismo, han hecho saber al emperador mi amo que si se presenta con un ejército, le entregarán estas plazas; pero no hallándose el emperador con tropas suficientes, ha implorado por mi medio el auxilio del rey de Francia para una espedicion que ha de ser la ruina de los infieles. Si volviésemos á hacernos dueños de estas ciudades, nos abrirán las puertas todas las que están situadas entre ellas y la Grecia, perderian los turcos todas sus fuerzas maritimas, y se lograria un paso libre para la Tierra Santa. Pero os suplicamos que el auxilio preceda ó á lo menos acompañe á vuestros legados, porque las exhortaciones serán eficaces, si llegan despues de los beneficios. Entonces podrá decir el emperador al Patriarca y á los demas prelados: «Ved la rectitud y la generosidad de los latinos: no se trata ya de solas buenas palabras y de promesas sospechosas, sino de servicios efectivos y de

obras esenciales que reclaman nuestra amistad. ¡Qué mayor felicidad para nosotros que unirnos inseparablemente con ellos!» Pero mientras nuestro amo se vea atormentado de los turcos, ni podrá hacer que se reunan los cuatro patriarcas y los demas obispos, ni asistir él mismo al concilio.

«Se me responderá tal vez: empiecen los griegos por la reunion, y luego iremos volando á socorrerlos. Pero en primer lugar, los crueles musulmanes no maltratan solamente á los griegos, sino que se portan del mismo modo con los armenios, ródios, cipriotas y otros muchos cristianos, especialmente con los que habitan en las islas. No persiguen á los griegos como griegos, ni como divididos de vosotros, sino al contrario, como que profesan y practican una misma Religion. Por consiguiente peleando contra los turcos, no favoreceis tanto á los griegos como al cristianismo. Mientras subsista nuestro imperio os será mucho mas fácil, uniéndoos á nosotros, acabar con el poder de aquellos bárbaros, cuya táctica y estratagemas nos son conocidos. Por otra parte, en los dominios de los turcos y de los sarracenos hay muchos cristianos y aun renegados muy afeitos á nuestros emperadores; mas si, lo que Dios no quiera, sucediese que nuestro imperio experimentase la ruina total que le amenaza, se harian tan poderosos sus destructores que se reirían de vuestras amenazas y de vuestros esfuerzos. Ciertamente dariais oídos á los turcos si llegasen á proponeros que os uniérais con ellos para destruir á los sarracenos, porque os seria mas ventajoso hacer de este modo la guerra á los sarracenos, que combatir solos contra estas dos naciones. Pues lo mismo os sucederá cuando se trata de unirnos con los griegos en vez de pelear solos contra los griegos y los turcos. Tened bien entendido que lo que separa á los griegos de los latinos, no es tanto la di-



ferencia de doctrina, como el resentimiento que conservan de los grandes males que han recibido de ellos en varias ocasiones; y este obstáculo para la union no puede quitarse sino por medio de un beneficio muy señalado que les hagais. Sabed en fin, que no me envia á vosotros el cuerpo de la nacion griega, sino solo el emperador, y con mucho secreto, porque es indecible el riesgo á que se espone con solo manifestar que desea la union, si ante todas cosas no hace presente el socorro que nos destinais.»

Habiendo examinado con madurez el Papa y los cardenales las proposiciones de Barlaam, hallaron un inconveniente capital en el proyecto de congregar un nuevo concilio; porque además de las guerras y turbulencias que imposibilitaban casi de todo punto esta convocacion, temieron pareciera ponerse en duda lo que se había decidido tantas veces acerca de la procesion del Espíritu Santo en tantas otras ocasiones. En la respuesta á Barlaam no solo se alegó el concilio de Lyon ó Lugdunense, en que se había hecho la reunion por el grande interés que tomó en ella el emperador Paleólogo, sino que se insistió principalmente en el concilio de Éfeso, generalmente reverenciado, y en el cual, con motivo del noveno anatematismo de San Cirilo, este Padre y todos los demas manifestaron claramente que creian que el Espíritu Santo procede del Hijo lo mismo que del Padre. Se citó tambien la carta del Papa Hormisdas al emperador Justino, en la que se dice en términos espresos que es propio del Espíritu Santo proceder del Padre y del Hijo, sin que los griegos reclamasen entonces contra esta espresion.

A esta respuesta replicó Barlaam: «Si no se puede persuadir á los griegos, que profesen como los latinos este artículo del simbolo, permanezca cada uno en su creencia sin perjuicio de la union.» — «Eso no

se puede tolerar (le replicaron sin detenerse y de comun acuerdo): la Iglesia católica no tiene mas que una creencia, y si no se opusiese al error, pareceria que lo aprobaba.» Sin embargo, propuso el Sumo Pontífice otro medio, á lo menos para preparar la union. «Reunan vuestro patriarca y vuestro emperador (dijo á los diputados griegos) á los que tienen por patriarcas de Alejandria, Antioquia y Jerusalem con sus obispos, su clero y los seglares mas principales, y elijan algunos sabios para enviarlos con legitima y suficiente autorizacion, á fin de que conferencien con los comisionados de la Santa Sede, no por espíritu de disputa, sino con la intencion sincera de instruirse.»

«Lo que propone vuestra Santidad (replicó Barlaam) no me parece posible, á no obrar Dios un milagro. No podria el emperador declarar el deseo que tiene de la union, sin esponer su vida á un peligro manifiesto. ¡Tal es aun el furor del pueblo y de muchos grandes que recuerdan las violencias tiránicas de Miguel Paleólogo! Por otra parte la iglesia de Constantinopla no os enviaria legados sin el consentimiento de los demas patriarcas. ¡Y cuántos obstáculos se ofrecen aquí! Es difícil reunir estos prelados á causa de la guerra y es incierto que quieran venir, y aun mas que se conformen á enviaros legados; y dado caso de que conviniesen en esto, es verosímil que no admitieseis vosotros las condiciones con que los autorizasen.» Barlaam añadió, sin embargo, que á pesar de estas dificultades trabajaria cuanto le fuese posible en beneficio de la reunion y se despidió para regresar á Grecia. Debe colocarse esta tentativa en el número de tantas otras que solo sirven para mostrar las justas inquietudes que en sus errores cismáticos experimentaban por lo menos los griegos virtuosos. Debemos notar que en todo el tiempo que duró

esta negociacion, no dió el Papa á Andrónico el título de emperador, sino solo de moderador del imperio, por no perjudicar á los derechos de Catalina de Courtenai, que se llamaba emperatriz de Constantinopla. Por una consideracion semejante en favor de los latinos patriarcas titulares de Oriente, no dió nunca el nombre de patriarcas á los que estaban en posesion de las Sillas de Constantinopla, Alejandria, Antioquia y Jerusalem.

Todas las regiones del mundo tenian entonces ocupados á los romanos Pontífices con negocios de todas clases. En el año en que se celebró esta conferencia con los griegos, vióse obligado el Papa Benedicto á reprimir en los confines de Alemania la ambicion de los religiosos militares del orden teutónico. Casimiro III, rey de Polonia, ó por mejor decir, los Estados de esta nacion se habían quejado en la corte de Roma de que el gran maestre y los caballeros de aquella poderosa orden habían invadido con mano armada y se obstinaban en retener las posesiones mas considerables del reino de Polonia, y entre otras la hermosa provincia de Pomerania: «y esto, decian (1), causa un gran daño á la Iglesia romana y tambien á nuestro reino que se gloria de ser su tributario y de no reconocer otro superior despues de Dios.» El Pontífice, de acuerdo con los cardenales, envió dos nuncios para que, informándose de la verdad en el pais de donde provenia la queja, corrigiesen los abusos.

Citaron ante sí al gran maestre Thierry de Aldemburgo, con los hermanos teutónicos, y en particular á veinticinco comendadores. Compareció en su nombre el procurador de la orden, protestó contra la comision de los nuncios, apeló de ella al Papa, y se retiró con precipitacion sin

(1) Dlugof. lib. 9, pag. 1043.

despedirse. Juzgaron los comisionados ilusoria esta apelacion, acusaron en debida forma la rebeldía del gran maestre y de los comendadores; despues los declararon excomulgados, y los condenaron á restituir las tierras invadidas y los frutos que habían percibido desde su invasion, con reparacion de daños y perjuicios y pago de costas. Calcularon todo en ciento noventa y cuatro mil y quinientos marcos de plata, á lo que añadieron mil y seiscientos marcos para las costas. Mas tratando con unos religiosos armados, en un todo distintos de los solitarios pacíficos de los tiempos primitivos, era mucho mas fácil pronunciar la sentencia que ponerla en ejecucion. No fué obedecido el Papa Benedicto, y en el pontificado siguiente los caballeros teutónicos, sostenidos por Luis de Baviera, obligaron á la Dieta de Polonia á que les abandonase definitivamente la Pomerania.

No tuvo mejor éxito Benedicto con Pedro de Aragon, instituido rey de Sicilia por el testamento de su padre Federico ó Fadrique, que había convenido, en virtud de un tratado con el rey de Nápoles, en cederle esta isla al tiempo de su muerte y no transmitirla á sus propios descendientes (1339) (1). Declaró el Papa que Pedro de Aragon y los demás hijos y herederos de Federico no tenían derecho á esta posesion, y mandó que se restituyese á Roberto, rey de Nápoles, como verdadero feudatario que era de la Iglesia. En esto el Papa no hizo mas que usar legitimamente de su derecho de soberanía sobre los reinos de Nápoles y de Sicilia, y usando luego del poder inherente á su cargo, excomulgó al rey Pedro (a).

(1) Rain. ann. 1339, num. 44.

(a) Todavía en tiempo de Benedicto XII duraban las disputas sobre el reino de Sicilia y aun continuaron despues; pero la casa de Aragon hacia reconocer de dia en dia mas claramente sus derechos, y por los sucesivos enlaces que hubo entre los príncipes de Sicilia y los descendientes de Roberto de Nápoles, que-



El rey de Aragón Pedro IV, llamado el Ceremonioso, manifestó á la Santa Sede mas respeto que el de Sicilia, en unas circunstancias á la verdad muy distintas (1); pues no se trataba mas que de rendir al Papa un homenaje de ceremonia por lo respectivo al reino de Cerdeña, á cuyo efecto pasó en persona á Aviñon, rebibió con docilidad muchas advertencias que se le hicieron acerca de su conducta personal y en orden á la demasiada libertad que concedia en su reino á los judíos y á los moros con riesgo de escandalizar y pervertir á los débiles. Parece tambien que en esta conferencia se tomó la última resolución para la cruzada que publicó el Papa en España dos meses despues (1359) contra los moros de Africa (a).

Mahomet, rey de Granada, vivamente estrechado por los ejércitos cristianos, habia pedido socorro en el año 1332 á Alboacen (b), rey de Marruecos (2). Envióle este príncipe tropas mandadas por su hijo Aboumelich (c), quien por espacio de muchos años logró diferentes victorias contra los fieles (d). Mas en fin pereció, y su ejército

daron al fin concluidas todas las desavenencias y reconocidos los herederos de Pedro de Aragón por legítimos reyes de las Dos Sicilias. (N. del E.)

(1) Marian. lib. 16.

(a) Muy turbulentos fueron los primeros años del reinado de Pedro IV de Aragón que habia sucedido á su padre Alfonso IV, el cual murió á la edad de treinta y siete años llorado generalmente de todos por su dulzura y rectitud, á 24 de enero de 1336. La reina viuda y madrastra del nuevo soberano pretendia sostener algunas donaciones que habia arrancado á su esposo en favor de su propio hijo don Fernando, y en perjuicio de la corona. Ganó partidarios, y declaróse abiertamente contra don Pedro; pero despues de algunas reyertas, por la mediación del legado pontificio y de algunos grandes se ajustó la paz y se sosegaron las turbulencias, con lo que pudo el rey aplicarse á los muchos y graves negocios del reino que no podian menos de llamar su atención. (N. del E.)

(b) Abul Hassan; nuestros historiadores le llaman, como Henrion, Alboacen. (N. del E.)

(2) Marian. lib. 16.

(c) Abdelmelik; nuestras crónicas le llaman Aboumelique. (N. del E.)

(d) El principio de esta guerra puede señalarse á fines del 1332 y principios del 1333, en el que el arzobispo de Toledo, don Gimeno de Luna, celebró un concilio en Alcalá de Henares el día 13 de enero, de cuyas actas no tenemos otra memoria que el prólogo, publicado por el cardenal de Aguirre (tom. 5, pag.

fué del todo derrotado por el general del rey de Castilla, Gonzalo Martinez, acusado despues de traicion, degollado y quemado. Alboacen, furioso con la muerte de su hijo, y valiéndose para vengarla del método que se usaba en las cruzadas, envió por toda el Africa á los musulmanes mas fanáticos, á fin de exhortar á los pueblos á que tomasen las armas para la defensa y acrecentamiento de la religion de sus padres. Juntó por este medio hasta setenta mil caballos, y

284), fragmento por el cual sabemos, que asistieron los obispos de Sigüenza, Palencia, Osma, Jaen, Segovia y Cuenca. Ignórase lo que se trató en él, pues solo conjeturando se puede decir que se hicieron algunas exhortaciones para la guerra con que los moros principiaban ya á inquietar á España, y acerca de la cual daremos en otra nota mas pormenores. El Papa Bonedicto XII dirigió á los prelados de Castilla y de Leon y á su rey don Alfonso una notable exhortacion con fecha de 12 de marzo de 1335, para que con el mayor celo y atención procurasen corregir los abusos, desórdenes y escándalos que amaneclaban la Religion en aquellos reinos. Movido de esta carta pontificia, juntó el arzobispo de Santiago un concilio en Salamanca, que se terminó en 24 de mayo del mismo año. En el epigrafe se intituló *arzobispo por la gracia de Dios y de la Sede apostólica*, fórmula común en nuestros tiempos, pero no tan usada en aquella edad, como advirtió el erudito Mabillon. Decretáronse en el concilio diez y siete capítulos importantes. En el prefacio se pone excomunion contra los que injuriasen ó causasen daños ó perjuicios en sus bienes ó personas á los prelados y demas personas que concurren á los concilios, así cuando iban á ellos como cuando los celebraban ó de ellos regresaban á sus casas. En el capítulo segundo se imponen penas contra los que impidiesen las legítimas apelaciones. En el tercero se fulminaron graves penas contra los clérigos públicamente concubinarjos, y la excomunion á los que les diesen sepultura; y esta misma pena á los que interviniesen ó asistiesen al entierro, de la cual no se les absolviera hasta que pagasen la multa de cincuenta maravedís de la moneda de aquel tiempo para la fábrica de la catedral. En los demas capítulos se prohibieron las ventas públicas en los días festivos y en las tómporas; renovóse la prohibicion de los matrimonios clandestinos, y la constitucion del concilio vienesense, celebrado en el pontificado de Clemente V, en orden á los impedimentos del matrimonio. Vedóse tambien á los fieles que llamasen para la curacion de sus enfermedades á los judíos y sarracenos, y que alquilasen á los mismos casos inmediatas á los cementerios. Finalmente, se resolvió castigar á los usureros con pena de excomunion. Véase Aguirre (t. 4, pag. 584 et seq.), Vilanuño, etc. En la misma época, á saber, en el año 1339 se tuvieron otros dos concilios para la reforma de las costumbres, uno en Toledo bajo la presidencia de su arzobispo el gran don Gil de Albornoz, y el otro en Barcelona, en que presidió el cardenal de Rodez, legado apostólico. Aguirre, pag. 609 et seq. (N. del E.)

cuatrocientos mil infantes, con una escuadra de mil dociientos y cincuenta navíos, y además setenta galeras.

Los reyes de Castilla, Aragón y Portugal, reunieron sus fuerzas para oponerlas á este diluvio de infieles, y á instancias del de Castilla que era el que corria mas riesgo, concedió el Papa la cruzada, no solo para estos tres reinos, sino tambien para los de Navarra y Mallorca; esto es, para toda la España cristiana (1). Tambien consintió en que en estos dominios se echase mano de los diezmos eclesiásticos por espacio de tres años, con la condicion de que en el terreno de que se despojase á los moros se habian de fundar iglesias catedrales con el clero correspondiente y otras iglesias menores, segun lo exigiesen los casos y la importancia de los lugares (2). Para remover los peligros de la comunicacion futura entre los fieles y los musulmanes que inquietaba al Papa Benedicto, ordenó que en los lugares conquistados en que quedasen moros, no se les permitiese ir en peregrinacion á la Meca, ni llamar á hacer oracion, pronunciando en voz alta el nombre de Mahoma, y determinó tambien que en todas estas conquistas se pagasen los diezmos y primicias para la subsistencia de los eclesiásticos (1340).

El ejército de Alboacen, tan respetable por las provisiones de todas clases como por el número de combatientes, gastó cinco meses completos para llegar á España. Arribó por fin cerca de Algeciras en el estrecho de Gibraltar, con cuyo motivo se censuró ágramente la conducta de Guilberto almirante de Aragón, que mandaba la armada de los cristianos, y que queriendo reparar su falta, cometió imprudentemente á los infieles, arruinó su propia escuadra y

perdió él propio la vida en el combate. Lejos de acobardarse los fieles con un principio tan infausto, sintieronse animados de un valor irresistible, como que se fundaba en la confianza que ponian en el Dios de los ejércitos. Los dos reyes de Castilla y de Portugal, el uno hijo y el otro nieto de la reina Santa Isabel, acercáronse á Tarifa, sitiada por los reyes de Marruecos y de Granada, y formaron sus tropas en las cercanías del Salado, rio eternamente memorable por esta batalla. Al romper el día, confesaron y comulgaron, en lo que fueron imitados de la mayor parte de los combatientes. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, no se apartó del lado del rey de Castilla durante la refriega; habia otros obispos en medio de las filas para sostener la confianza religiosa del soldado, y un caballero francés, comisionado por el Papa, llevaba la sagrada insignia de nuestra redencion, que era el principal estandarte. En pocos momentos quedaron tan desordenados y consternados todos los batallones mahometanos, que los cristianos no perdieron mas que veinte hombres (1340). Hay una variedad prodigiosa en los historiadores acerca de la pérdida de los infieles. Supone Villani (1) que consistió en veinte mil hombres, y los españoles aseguran que no bajó de dociientos mil: diferencia enorme, pero que puede provenir de la adición ó sustraccion de un cero en el cómputo que nos ha sido trasmitido. Sea lo que fuere, lo que no se puede dudar es que los cristianos hicieron una infinidad de prisioneros, y se apoderaron de todos los efectos de campaña y de inmensas riquezas. Huyó precipitadamente el rey de Marruecos á ocultar su confusion en los desiertos de Africa, y Alfonso de Castilla continuó la guerra con felicidad en los años siguientes, ganó mu-

(1) Mariana, l. 16.

(2) Rain. ann. 1340, num. 42.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECCLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) Vill. lib. 11, cap. 19.